

¿QUE ES Y A DONDE VA LA EPISTEMOLOGÍA SOCIO-JURÍDICA?

Separata del HOMENAJE AL PROFESOR ALFONSO OTERO

SANTIAGO DE COMPOSTELA 1981

Pags.585-609

Ignoro si el nombre que voy a pronunciar, “Kaliningrado”, despierta en Vds. algún recuerdo. Probablemente, el sufijo “grado”, que conocen, de seguro, por otros compuestos semejantes, les haga pensar que se denomine así alguna ciudad rusa. Y habrán acertado con la verdad. Kaliningrado es, en efecto, en nuestros días, una ciudad que pertenece a Rusia, sita, sin pena ni gloria, en los confines occidentales de aquel país, a orillas del Báltico. ¿Tiene alguna cosa que le de fama? ¡Ni siquiera lo sé! Lo que sí puedo asegurar es que en otro tiempo mereció atraer y atraer sobre sí la atención del mundo. Claro que llamándose de otra manera; llamándose: “Kónigsberg”. Pues como allí nació, vivió, enseñó y murió Kant, como allí forjó su famoso sistema de Filosofía, aquella ciudad periférica, carente de cualquier motivo intrínseco para ser importante, adquirió de pronto auténtica significación mundial: Sobre ella gravitó en un momento el destino de las actividades especulativas humanas y se marcó el rumbo de la investigación fundamental por varios siglos.

Tal vez se pregunten Vds. por qué me dejo arrastrar ahora por esta evocación nostálgica, al umbral mismo de un curso de Epistemología social y jurídica. Bien. Hay una razón de mucho peso para proceder así: la Epistemología que tanto nos preocupa hoy, no pasa de ser un obligado corolario del kantismo. Lo comprenderán inmediatamente, tras unas pocas aclaraciones..

La “Epistemología”, que etimológicamente significa “teoría de la Ciencia”, podría ser caracterizada, con un poco más de rigor, como “valoración filosófica de los conocimientos científicos”. Es decir, su propósito se cifra en contestar a este interrogante: “¿Porqué merecen confianza los enunciados de tal o cual Ciencia particular y hasta qué punto y en qué medida la merecen?”

Los que no desconozcan el alcance de la Filosofía crítica de Kant, se habrán percatado ya, sin necesidad de mayores esclarecimientos, de por qué la reflexión epistemológica tenía que derivar inexcusablemente del criticismo.

Antes de Kant, todos los filósofos podían ser agrupados en dos grandes tendencias: *dogmáticos*,

por un lado, y *escépticos*, por otro. Eran *dogmáticos*, los que creían que la razón humana estaba capacitada para lograr conocimientos verdaderos. Eran *escépticos* los que, con escarmentado pesimismo ante los flacos resultados de las indagaciones filosóficas, se dejaban dominar por la duda.

Descartes, como recordarán, había tenido ya la ocurrencia de utilizar, incluso, la propia duda sistematizada —metódica— para obtener, al fin, algunas premisas de donde inferir conocimientos realmente indubitables. Pero la Filosofía cartesiana —otra tentativa dogmática que había convencido a muy pocos— había terminado, en la práctica, por reforzar los argumentos del escepticismo. Por eso Kant, atormentado por las inquietantes meditaciones de Hume, se sintió llamado a constituirse en juez entre los dos bandos irreconciliables. Tanto el dogmatismo como el escepticismo *a-priori* le parecían igualmente insatisfactorios: ***Antes de tomar partido en pro o en contra de la fidedignidad del conocimiento era menester enjuiciar críticamente los asertos que lo condensaban y las pruebas que podía exhibir.*** La Filosofía tenía que madurar hasta hacerse epistemológica; la razón demandaba su propia autocrítica.

Así nació la Epistemología general, una especie de abogado del diablo cuyo deber es fiscalizar la estrecha rendición de cuentas que hay que exigir a toda proposición científica antes de concederle beligerancia.

¿No resulta justificado, pues, que al iniciar, en la periférica Compostela, el primer curso universitario de ***Epistemología de las Ciencias sociales y jurídicas*** la evocación de Kant y de Kónigsberg se imponga con toda su fuerza a nuestro espíritu?

Kant sembró en la pequeña ciudad universitaria de la Prusia oriental una semillita que podría parecer insignificante: ¿Qué era entonces Kónigsberg y qué era todavía el propio Kant? Sin embargo, un viento de siglos esparció por la Tierra la nada espectacular sembradura hasta que fructificó feraz en los más diversos países.

A mí me cabe también hoy la enorme responsabilidad —y asimismo el honor— de iniciar en la Universidad española la enseñanza de los métodos epistemológicos en el ámbito de las Ciencias sociales. Pues aún siendo cierto que casi hace treinta años dicté en esta misma Facultad un cursillo de doctorado sobre Epistemología del Derecho (cuya substancia se recogió posteriormente en un libro), los cinco lustros largos de ininterrumpidas investigaciones no han pasado en balde. Si Vds. comparan, pues, el programa de hoy con el programa de aquel cursillo, no dejarán de advertir las radicales diferencias de planteamiento y de tratamiento que los separan.

En cualquier caso, hay un estreno evidente de la asignatura como tal: Vds. van a ser los primeros alumnos oficiales que se preocupen por estudiar la nueva materia. ¿Cuál será la actitud dominante entre Vds. respecto a la misma? ¡He ahí algo que reviste para mí extraordinaria importancia! Posiblemente Vds. asistan, de primera intención, a mis lecciones con cierta expectación y curiosidad. No se han matriculado en la disciplina por ver en ella su oportunidad vocacional de trabajo. No sabiendo aún en qué consiste ni cómo será expuesta, ¿cómo habrán de sentir el menor atractivo por su temática? Además, una asignatura opcional, recién creada, poco relacionada con la práctica profesional ¿qué interés podrá despertar en Vds?

Comprendo que, según están las cosas, no parece que me sea lícito brindar a Vds. perspectivas esperanzadoras ni abrigar, respecto a mi docencia, cualquier asomo de optimismo. ¿Acaso servirá para algo la flamante Epistemología?

Digamos que no es bueno, en principio, valorar la Ciencia con criterios utilitaristas. Investigar

cómo las cosas son y de qué modo acontecen no precisa justificación adicional: ¿Ser hombre puede concebirse sin sentir curiosidad sobre sí mismo y sobre todo el mundo? La tradición entre los científicos y filósofos ha sido siempre el desvivirse por conocer con verdad y el despreocuparse casi por entero de los posibles efectos prácticos que pudiera reportar su saber. Jacobi, uno de los grandes matemáticos alemanes del pasado siglo, acertó en la mismísima diana cuando proclamó con orgullo que la finalidad de la Ciencia consistía en “honrar la mente del hombre”. Arquímedes había ido más lejos aún: No atribuyendo ninguna importancia a sus invenciones mecánicas, tantas en número que hubieran inmortalizado a cualquiera, las pasó, con todo, en absoluto silencio, pues ni una línea les dedicó en sus trabajos.

Quizás no se considere impropio reproducir aquí las emocionadas palabras que consagró Plutarco a recordar este rasgo caracterológico del siracusano genial:

“En cuanto a Arquímedes —dice—, fue tanto su juicio, tan grande su ingenio y tal su riqueza en teoremas, que sobre aquellos objetos que le habían dado el nombre y gloria de una inteligencia sobrehumana, no permitió dejar nada escrito; y es que tenía por innoble y ministerial toda ocupación en la mecánica y todo arte aplicado a nuestros usos y ponía únicamente su deseo de sobresalir en aquellas cosas que llevan consigo lo bello y excelente, sin mezcla de nada servil... (1).

La razón para esta actitud, que fue también constante enseñanza de Platón; pero que se remonta, probablemente, hasta, por lo menos, los Pitagóricos; debe encontrarse en una necesaria reacción contra los prejuicios de un exagerado pragmatismo.

Quienes alardean de “hombres prácticos”, exteriorizan con una frecuencia desesperante su más olímpico desprecio por la teoría. *¿Para qué sirve eso?* Es la pregunta que no se aparta de sus labios. Y aun cuando uno podría replicar con facilidad: “*¿Para no anclarse en una rutinaria edad de piedra!*”, nuestra legítima indignación ante tamaña cortedad de miras nos arrastra más bien a tomar una posición diametralmente opuesta y a renegar de cualquier estudio hecho con propósitos interesados. Es tal vez incurrir en un exceso de defensa. Porque ¿quién podrá cuestionar la fecundidad de la Ciencia? ¿Cabría algún conocimiento que no redunde en algún beneficio para nosotros? Bacon estaba en lo cierto cuando afirmaba: “Saber es poder”, pues lo a duras penas imaginable es un saber que permanezca inerte y no nos permita aplicaciones útiles. Aunque el valor de la Ciencia resida en su verdad (o en su proximidad a ella), no en las ventajas que reporte, constituiría un sin sentido rescusarse a extraer las consecuencias favorecedoras.

Inversamente, se hace reo de temeridad manifiesta cualquiera que rechace una teoría científica bajo la imputación de que *no sirve para nada*. Porque, como veremos enseguida, si una teoría cumple su cometido, *ya está sirviendo para algo tan importante como lo es el integrar una Ciencia*. Y, además, la futilidad aparente de hoy ¿no podrá convertirse en la espléndida riqueza incitativa del mañana?

Toda cautela es poca, antes de atreverse a negar el posible valor práctico de cualquier género de conocimientos. La Historia de la Ciencia demuestra hasta la saciedad cuan temerario resulta precipitarse en esta clase de juicios. Ni siquiera el mayor talento garantiza en el presente tema claridad de visión. Los ejemplos podrían multiplicarse... Pero quizás valga la pena mencionar alguno.

Nadie puede dudar que Isócrates de Erquía haya sido un hombre de lucidez excepcional, de agudeza patente y de amplias miras. Como que sobresalió en un pueblo que nunca escaseó de mentes privilegiadas. Pues bien, Isócrates creía que la astronomía, la geometría y las Ciencias

¹ Plutarco: *Vidas Paralelas*, (Ranz Romanillos), Madrid, 1970, 510.

exactas, en general (si se me perdona el anacronismo de la denominación), no tenían sino un doble valor práctico: vivir de ellas los que las enseñaban y contribuir al adiestramiento intelectual de quienes las aprendían. “Las demás materias —decía— pueden ayudarnos en cuanto las conocemos; esas, ni siquiera reportan beneficio a los que las dominan”⁽²⁾. ¿Qué pensaría Isócrates de su vaticinio si de algún modo hubiese vislumbrado el porvenir?

Pongamos otro caso de los más típicos. Menechmo —el sabio geómetra que enseñó Matemáticas a Alejandro Magno— y Apolonio de Perga -uno de los más grandes genios matemáticos de todos los tiempos- idearon y llevaron casi a la perfección la teoría de las *secciones cónicas*. La elipse, la parábola, la hipérbola -y en caso límite la propia circunferencia- quedaban sometidas a estudio sistemático, al ser unitariamente visualizadas como cortes planos de un cono, en diferentes sesgos⁽³⁾. La obra de Apolonio, sobre todo, constituía una verdadera hazaña intelectual y pudo presentarse siempre como un modelo de investigación monográfica de tan acabada ejecución que es apuesta casi perdida citar otra parangonable.

No sé si esta producción de Apolonio habrá encontrado detractores. Quizá sí, porque la envidia (pasión paradójica que demuestra que el hombre no es siempre un buscador de placeres) se resiente por cualquier hecho que sobresalga... O quizá no, porque la admiración incontenible que tendría que suscitar una contribución tan asombrosa pudiera muy bien haber anonadado a la misma envidia desde sus primeros conatos... En cualquier hipótesis, si alguien hubiese tratado de poner una tacha o sembrar una insidia contra el gran libro, hubiese tenido que ser ésta: ¿Ostentan algún valor práctico tan immaculadas disquisiciones? ¿A qué se las puede aplicar?

Y si una respuesta negativa fuera bastante para disipar malos humores, el propagachismo de turno podría tranquilizar su desazón: la teoría de las secciones cónicas no daba muestras de servir para nada. ¡Durante dieciocho siglos se la tomó siempre como supremo paradigma de pura investigación abstracta, sin aplicación positiva ninguna! Sin embargo, de pro-to, contra todas las previsiones verosímiles, cobraron las cónicas una importancia transcendental: ¡gracias a ellas, el genio de Kepler atinó con la respuesta satisfactoria al problema secular sobre la conformación de las órbitas planetarias!

Copérnico y Galileo, al propugnar de consuno el sistema heliocéntrico, habían dado realmente con la acertada pista; pero persistiendo aún cierto desajuste entre las posiciones asignadas a los planetas por el cálculo y las comprobadas *de facto* por las mediciones, la nueva teoría iba despertando creciente suspicacia. No fue por otro motivo que Ticho Brahe, uno de los más perspicaces observadores de todos los tiempos, se sintió en la inexcusable obligación de buscarle una enmienda.

La causa de la disconformidad entre las predicciones teóricas y los datos de observación no había que ponerla, sin embargo, en un error imputable al sistema heliocéntrico y consubstancial a él, sino en una vieja suposición implícita heredada del pensamiento aristotélico: la de que las órbitas planetarias eran circunferencias perfectas. Kepler desvaneció este prejuicio, adelantó la hipótesis

² Isócrates: *Discursos. Sobre el cambio de Fortunas*, (Guzmán), Madrid, 1980, 142. Cfr. Jenofonte: *Memorias socráticas*, IV, 7.

³ Una sección perpendicular al eje de revolución genera una circunferencia; oblicua y total, una elipse; paralela a la generatriz, una parábola; oblicua a los planos fundamentales, una hipérbola (que tendrá dos ramas, si la generatriz describe a la vez dos conos opuestos por el vértice). Para las Cónicas, puede verse la edición inglesa de Heath. Si uno quiere hacerse una idea de la obra, vid. Vera: *Científicos Griegos*, II, Madrid, 1970, 301 ss.

de la elipticidad de las órbitas y, al par que salvaba la construcción heliocentrista, pudo enunciar sus tres famosas leyes del movimiento planetario que hicieron posible la síntesis newtoniana de la gravitación universal. ¡Un espectacular triunfo debido a su empeñamiento en estudiar algo que no servía para nada!

Como ha escrito insuperablemente Whitehead:

“Había dos Ciencias, la de la Geometría de las secciones cónicas y la de la Astronomía, las cuales habían sido estudiadas desde la más remota antigüedad sin la más leve sospecha de que hubiera alguna relación entre las dos. Kepler era astrónomo, pero también era un geómetra hábil, y sobre el tema de las secciones cónicas había concebido ideas más adelantadas que su época. Kepler es sólo uno de los muchos ejemplos de lo erróneo de la idea de que el éxito en la investigación científica requiere una concentración exclusiva a un plan estrecho de estudios. Las ideas nuevas aparecen más fácilmente de entre una variedad poco común de conocimientos -no necesariamente de un conocimiento vasto, sino de una concepción cabal de los métodos e ideas de distintas líneas de pensamiento” (4).

Si todavía se deseara mayor justificación con algún otro ejemplo, podríamos añadir el llamativo caso de las geometrías no-euclidianas.

Todo el mundo sabe, desde la Escuela, que el quinto postulado de Euclides era equivalente a establecer la suposición de que por un punto exterior a una recta se *hacía posible trazar una paralela; pero única*.

Falto de autoevidencia el principio, los matemáticos se plantearon insistentemente la cuestión de su demostrabilidad. ¿Para qué? ¿No constituiría semejante dedicación obsesionada una mera pérdida de tiempo? La Geometría estaba ya hecha, tenía sobradamente acreditada su fecundidad, nadie jamás le había podido reprochar un fallo. ¿Qué más cabría pedirle?

Pese a tan convincentes razones, muchos geómetras se embarcaron en la aventura de conseguir la apetecida demostración al intrigante postulado. Entre ellos, Gauss, W. Bolyai, Schweikart —un jurista—, Taurinus, Wachter, Lobachevsky, J. Bolyai, Riemann, etc. El resultado de sus investigaciones fue la creación de varios sistemas independientes de geometría a los que Gauss denominó no-euclidianos, en general, mientras que Klein, más tarde, llamó geometría *hiperbólica* a la de Lobachevsky, *elíptica*, a la de Riemann y *parabólica*, a la de Euclides: ¡Nuevo avatar, según se ve, de las secciones cónicas! (5).

Aunque las geometrías no euclidianas desencadenaron una revolución epistemológica de consecuencias incalculables (6), difícilmente podrían soportar en un principio la maliciosa mordacidad de los acaparadores del sentido práctico: ¿Para qué podrían ser útiles tales lucubraciones imaginativas? Bueno: si servían de entretenimiento a los matemáticos y llenaban los ocios de los filósofos...!

Mas una vez más, la evolución de las ideas vino a chafar las previsiones de los practicómanos. Helmholtz, Lie, Clifford, Ricci, Levi-Civita, Lorentz, Minkowski, Einstein fueron dando los pasos que, a través de la *teoría de la relatividad*, demostraron la trascendencia de las especulaciones científicas a los mismísimos políticos; es decir, a los más pragmáticos y positivistas de los hombres. Pues ¿qué hacer cuando una formulilla banal, utópica, casi ridícula,

⁴ Whitehead: *Introducción a las Matemáticas (Ceci)*, Buenos Aires, 1944, 146.

⁵ Sommerville: *The elements of non-euclidean Geometry*, New York, 1958, 1-25.

⁶ En varios de mis trabajos anteriores me he referido a este tema. Para quien se interese por él me remitiré, en una sola cita, a Sommerville: *op. cit.*, 192 ss.

que definía la energía como igual a la masa por el cuadrado de la velocidad de la luz, se convierte de la noche a la mañana en bombas y reactores atómicos?

Sí, creo adivinar el pensamiento dominante en Vds... Es natural que me miren con escepticismo y que se digan en su interior que los éxitos espectaculares de las Ciencias exactas, debidos a la domesticación de ingentes fuerzas cósmicas, no admiten el menor contraste con ese pobre acervo de controversias a que se reducen hoy todavía las Ciencias sociales. Tal vez Vds. estén dispuestos a reconocer que no haya ideas científicas infecundas; pero reprocharán a mi optimismo que pretenda atribuir parecida científicidad a saberes tan problemáticos como el político, el social, el jurídico y aún el económico. “Vayamos a cuentas” —se me dirá— “¿Se le deben acaso, pese a su antigua data, algunos logros positivos o resultados incuestionables a esas sedicentes “ciencias” que se ocupan de la Sociedad?” “¿De veras nos habrán enseñado algo?”.

No seré yo, sinceramente, el llamado a levantar una voz apologética en reivindicación de las aportaciones de las Ciencias sociales en su estado actual. ¡Me parece tan insatisfactorio! La más progresiva de todas ellas, la Economía, puede ofrecer tan poco! ¿Qué enseñanzas es capaz de brindarnos sobre fenómenos tan omnipresentes y llamativos como la inflación, el paro, los desequilibrios comerciales, la progresión de los niveles críticos, la coexistencia de pobreza y subproducción? Apenas más que tautológicos verbalismos... En 1929, con referencia a la gran crisis del momento, que, sintomáticamente, ningún economista supo prever, Alberto Einstein señalaba “el descorazonante caos que se advierte en las opiniones de los expertos” (7). El panorama no ha cambiado de manera sensible: para la mayor parte de su más acuciosa temática carecen estas disciplinas de respuestas relativamente suasorias. ¿No nos sentiremos intrigados por nuestro comparativo retraso respecto a las Ciencias de la naturaleza y no preguntaremos *a qué pueda deberse*? A mí me parece que una reflexión acerca de este punto, constituye una cuestión epistemológica previa y necesaria. Trataremos de averiguar, pues, *por qué* las Ciencias sociales se presentan hoy como mucho menos progresivas que aquéllas otras.

Las posibles hipótesis aclaratorias no son muchas, así que no será difícil aislar la que se ofrezca como más probable. Veamos cómo.

I) Cuando los estudiosos de la sociedad se hacen eco del problema actual (lo cual, por desgracia, no sucede demasiado a menudo), la explicación que brindan, aunque adolezca de superficialidad en el fondo, tiene todas las trazas de ser correcta. “Las Ciencias sociales —dicen— abordan una materia tan compleja y tan intrincada, que no tiene nada de extraño que sus etapas preparatorias, su período de formación mediante suposiciones de tanteo, hayan de prolongarse proporcionalmente, en la misma medida en que crece su dificultad con relación a las Ciencias de la naturaleza” (8). Para decirlo con el lenguaje que preconizo: “La mayor lentitud de nuestros avances es perfectamente lógica y podría calcularse por simple aplicación de la regla de tres: El grado de complejidad de las Ciencias de la naturaleza ©, es al grado de complejidad de las Ciencias sociales (C’), como el tiempo (T), insumido en las unas, es al tiempo (T’) necesario para las otras. O sea,

$$C : C' :: T : T'$$

Por tanto, si conociéramos la razón entre las complejidades respectivas, conocido el tiempo *T*

⁷ Einstein: *Mi Visión del Mundo*, (Gallardo-Bübeck), 1980, 92.

⁸ (El entrecomillado no es indicación de que se reproduzca un texto ajeno. Se trata de un resumen, en palabras propias, de manifestaciones harto usuales).

que ha costado llegar al estado presente de la investigación científico natural, podríamos (supuesta la constancia de los factores influyentes), despejar la incógnita *T'* y pronosticar fiablemente cuándo nuestras menesterosas disciplinas podrán ufanarse del nivel de exactitud que ya han logrado hoy las Ciencias naturales.

Vds. me permitirán -espero- enfocar la tesis anterior desde la óptica que (según veremos en su día) viene impuesta por la crítica epistemológica.

Volviéndonos, pues, a quienes sostienen que las Ciencias sociales son más complejas que las naturales, les demandaremos por el fundamento legitimativo de su afirmación. En otras palabras, rogaremos al interlocutor que así nos argumenta, ***que nos evidencie su fuente de información, que nos precise cómo ha llegado a cerciorarse de que se da realmente esa superior complejidad que está resaltando.*** Su réplica podría poner sin duda punto final a la discusión, si en verdad la manifestación en entredicho ***fuera el resultado de concretas evaluaciones sobre los diferentes rangos de complejidad.*** El investigador habría definido entonces de antemano qué entiende por complejidad de una materia y en qué cifra o cómo mide cuándo es ésta mayor o menor. ¿Habrán procedido así quienes sustentan la opinión que estamos enjuiciando? Presentimos, primero, que no; luego, sin especial trabajo, podemos comprobar en las obras que atacan el problema cuan fundado está nuestro barrunto: los autores que acogen tal doctrina no se han cuidado en absoluto de verificarla con antelación, sino que la han entronizado ***por comodidad.*** Han hecho de algo tan infundado como una mera ***apreciación*** a la ventura ⁽⁹⁾ una apariencia de ***proposición científica*** sin su ***fundamento legitimador.*** En flagrante cortocircuito lógico han convertido una ***conjetura explicativa*** en hecho sentado. Pues, en efecto, siempre que las Ciencias sociales fueran más complicadas que las naturales, podríamos atribuir su retraso a esta causa, ***a condición de acreditar también aproximadamente la correlación proporcional entre ambos fenómenos.*** Pero, cuidado!, lo que sería una explicación “***posible***”; ***pero no única, no debe darse por buena en tanto no se pruebe su máxima verosimilitud o no queden excluidas todas las otras hipótesis rivales.*** Y esto ni se ha hecho, ni se ha entrevisto siquiera su necesidad.

Para colmo de males, más bien resulta temerario parapetarse en tal aseveración. Las Ciencias de la naturaleza disimulan hoy sus verdaderas dificultades, porque ya representan una realidad arrancada al caos y bajo el influjo organizador de la mente humana. Superada la incertidumbre de los hechos brutos e inacotados, ¡qué sencillo parece reducir los problemas a un tasado inventario de posibilidades! En cambio, antes que la razón iniciase su imperio, ¿quién podría deslindar en lo amorfo y contar una a una las recónditas inserciones del problema mismo?

Tomemos un ejemplo esclarecedor y elocuente. Imaginémonos la impresión que en una noche despejada pudo producir el firmamento a un curioso observador primitivo. ¡Cuántas estrellas a la vista y cuántas más adivinadas en sus escondites! ¿Cuál será su número? ¿Cómo y por qué se moverán? ¿Cuál es su distancia a nosotros? ¿Qué naturaleza la suya? ¿Qué papel cumplen en la Creación? ¿Influyen en los hombres? ¿Es explicable su existencia? ¿Se las podría clasificar? ¿Evolucionan o permanecen inmutables?... Preguntas y preguntas... Pero ¿cuánto tiempo se habrá tardado en formularlas? ¿Y alguien se atrevería a creer que en algún momento fuésemos capaces de contestarlas? ¿Cabe algo de mayor complejidad que esto?

Establezcamos comparaciones numéricas. La población actual del mundo anda —según se

⁹ El término “*apreciación*” se usa aquí en sentido técnico. Vid. Lois: *La Investigación científica y su Propedéutica en el Derecho*, Caracas, 1970, 23 ss.

dice— por los tres mil millones de habitantes. Para no pecar por carta de menos, multipliquémosla por diez. El resultado es expresable por una fórmula sencilla, en notación científica: $3 \cdot 10^{10}$. Supongamos ahora que cada hombre ejecute diariamente un acto social o jurídico por segundo, sin descanso en las veinticuatro horas. Son, en total, por año y habitante 31.563.000; en notación científica $3,1536 \cdot 10^7$. El producto de ambos factores arroja la cifra de $9,4608 \cdot 10^{17}$. Multipliquemos todavía esa cantidad por diez millones, o, incluso, por cien millones, para que comprenda el ciclo total de la existencia humana sobre la Tierra. El monto de los cálculos nos conduce a un número enorme, sobrecogedor, si se quiere; pero no mayor que muchos otros números que suelen manejar los astrónomos. Escrito en notación científica más bien parece modesto: $9,4608 \cdot 10^{24}$ o $9,4608 \cdot 10^{25}$.

Veamos, en cambio ahora algunas magnitudes astronómicas. La masa solar, por ejemplo, se cifra en $1,992 \times 10^{33}$ gramos (por tanto, aunque quisiera expresarse en toneladas, excedería ampliamente a las anteriores); componen nuestra galaxia unos cien mil millones de estrellas; pero, claro, no entran en el recuento los posibles planetas, satélites y cometas que puedan constituir el cortejo de cada una; las restantes galaxias observables se calculan en unos diez mil millones, por lo cual el número total de estrellas en el universo conocido, aun tomando como promedio por galaxia una población estelar $1/10$ de la nuestra, nos obliga a multiplicar la unidad por 10^{20} . Que nadie piense que estas cifras son exageradas; al contrario, más bien habrán de pecar *por defecto*: ¿O no sería mucha casualidad —como dice Eddington— que, entre tantos miles de millones de galaxias, fuéramos a encontrarnos nosotros en una excepcionalmente rica? Hasta el momento, lo único cierto en Astronomía es que la realidad ha desbordado siempre las más atrevidas previsiones de los hombres... De ahí, que nada pudiera reprochárseles si nos atreviéramos a decir que la población estelar total sobrepasa en mucho a las acciones humanas que conocerá el mundo en toda su historia.

En cualquier caso, los números hasta ahora en juego son, más bien, de pequeño formato. Los que anonadan verdaderamente son los que hacen referencia al Universo en su totalidad. Por ejemplo, el radio del Universo rebasa con creces los mil millones de años luz (y el año luz contiene $9,4627 \cdot 10^{12}$ kms.); y su masa total anda por $2,14 \times 10^{55}$ gramos. La constante cósmica (λ) se evalúa en $9,8 \cdot 10^{-55}$. Y el número total de protones (igual al de electrones) es, según Eddington $1,29 \cdot 10^{79}$.

La lección de humildad se impone, por consiguiente, para los investigadores sociales: No tenemos derecho alguno para afirmar que las Ciencias que nos conciernen afronten problemas más arduos que los de las Ciencias naturales. Probemos, pues, una segunda hipótesis.

II) Nuestros escritos de descargo se escudan por veces en exculpaciones como ésta: “Las Ciencias sociales datan de fecha tan reciente que resultaría pretensión abusiva el exigirles un grado de madurez comparable al de las Ciencias exactas”. Así, pongamos por caso, la Economía política no puede ser legítimamente retrotraída más allá de Adam Smith, cuya *Riqueza de las Naciones* se publicó en 1776, o de Quesnay, cuyo *Cuadro Económico* la precedió en diez años; cuenta, entonces, poco más de dos siglos: ¿No ha hecho, en tan poco tiempo, verdaderos milagros?

La Sociología ha nacido aún más tarde: Es poco más que centenaria: ¿Se la podría censurar con Justicia por no haber hecho progresos importantes? ¿Era quizás más avanzada la Física al siglo de su iniciación?

¿Qué decir de semejantes alegatos?

Si uno ha de ser sincero, debe reconocer que no son convincentes.

En primer lugar, la tesis de que la Ciencia económica y la Sociología tengan fecha cierta de nacimiento no pasa de una peligrosa verdad a medias, que, en términos absolutos, no se puede aceptar. Lo único que cabría dar por bueno es que haya tenido lugar entonces, en esos críticos momentos mencionados, la exposición de ambas materias como ramas independientes del saber. Porque mucho antes de las primeras tentativas de efectuar exposiciones sistemáticas de los fenómenos económicos y sociales, los filósofos habían teorizado sobre ellos y los políticos, los hombres de negocios, los juristas y cuantos sentían curiosidad por la vida social humana no habían dejado de atender a sus aspectos prácticos. Si alguien acometiera la tarea —gigantesca, por otra parte— de rastrear en los pensadores del pasado los gérmenes de nuestros actuales principios económicos, veríamos una vez más confirmado el aserto de que *nihil novum* sub solé. Aristóteles, en particular, aun subordinando de entrada las perspectivas políticas y económicas a sus concepciones éticas, codificó para los investigadores del futuro un legado de valor inocultable ⁽¹⁰⁾.

Que a partir de Smith y de Comte la Ciencia económica y la Sociología hayan experimentado notables enriquecimientos, sólo un ciego lo podría negar. Pero la cuestión decisiva es ¿a qué se deben? ¿A la fecundidad del método que aplican? He ahí lo que no parece sostenible con una mínima fuerza de convicción. Pues otras dos explicaciones evidentes bastan para dar cuenta de los avances constatados. Una es la *especialización profesional* impuesta por el estudio autonómico; otra, la concentración polarizada de las indagaciones en la estricta horizontalidad de los hechos.

En el fondo, ambas explicaciones se pueden englobar en una sola: *en la aceleración del rendimiento productivo que es inherente a la división del trabajo intelectual*. Ya que la despreocupación por las repercusiones éticas y políticas que suscitan los problemas económicos y su entrega en fideicomiso a los auténticos especialistas equivale también a una racionalización de los esfuerzos exploratorios, tanto especulativos como experimentales. Es decir: *comienza la superación del método natural y se sienta el primer postulado del método científico: la concentración monográfica en clases de relaciones homogéneas* ⁽¹¹⁾.

En segundo lugar, no cabe silenciar el hecho de que, al lado de sus hermanas más jóvenes, existan, al menos, dos Ciencias sociales que compiten en antigüedad con las más antiguas Ciencias de la naturaleza. Nos referimos al Derecho y a la Política. Pues, como ramas del saber, una y otra se remontan indudablemente a épocas remotísimas.

No seré yo quien se atreva a señalarles su coordenada originaria; pero, por lo que atañe a la Política, obras como la de Aristóteles, con este mismo título, o el Arthacastra ⁽¹²⁾, atribuido-a Kautalya —el precursor indio de Maquiavelo—, que, por curioso azar, son casi de la misma época; no tienen menos derecho que “La Riqueza de las Naciones”, o los estudios de Quesnay o de Comte, a ser considerados como las aportaciones inaugurales de una disciplina

¹⁰ Vid. Schumpeter: *Economic Doctrine and Method*, London, 1912. 11 ss.

¹¹ Lois: *op. cit.* II, 81 ss.

¹² Del sánscrito, artha, que significa “pensamiento”, “deseo”, “propósito”, “designio” y sastra, “tratado”, “libro sistemático”; es decir, aquí etimológicamente, el compuesto significa “tratado sobre las finalidades o designios” (políticos). Sobre esta importantísima obra, vid. Stein, O.: *Megasthenes und Kautilya*, Wien, 1921. Wilhelm, F.: *Politische Polemiken in Staatslehrbuch des Kautilya*, Wiesbaden, 1960. En nuestro idioma: Embree-Wilhelm, en India, vol. 17 de la *Historia Universal siglo XXI*, pp.54ss.

independizada. Y, por lo que a la Ciencia jurídica concierne, no parece dudoso que la posibilidad de sintetizar las experiencias casuísticas en las formulaciones abstractas de un Código, ya denota un nivel de conocimientos generales y especializados capaz de competir sin desdoro con el de otras producciones que estrenaron Ciencias particulares. ¿Por qué, entonces, -tendremos que seguir preguntando- la Política, con más de dos milenios de antigüedad, y el Derecho, que casi dobla esa suma, muestran un ritmo de crecimiento tan desprovisto de vigor?

Tampoco, pues, esta segunda hipótesis puede dar cuenta de los hechos anómalos que analizamos. Ensayaremos otra.

III) “Los cultivadores de las Ciencias sociales son menos numerosos o menos capaces que quienes se sienten atraídos por las Ciencias exactas”.

La explicación no carece de verosimilitud: más bien parece una obligada consecuencia lógica que se desprende de los hechos ya conocidos. Y, en efecto, si las restantes suposiciones hubieran de ser desechadas, difícilmente podríamos excusar el resignarnos a ésta, por mucho que nos desagradase. Diríamos así que, por lo general, nos ocupamos en las Ciencias sociales los que carecemos de talento para dominar, en su dimensión magistral y creativa, las llamadas exactas y naturales.

No estará de más, en cualquier caso, inquirir si semejante conjetura tiene algún fundamento fáctico. ¿Son, o no, mayoría los que han vivido profesionalmente consagrados a la Ciencia natural o los que se han especializado en la social? Más concretamente: ¿Desde que el mundo es mundo, cuántos investigadores han concentrado su interés en nuestras disciplinas? El número total, por supuesto, no tenemos modo de calcularlo; ni siquiera podríamos saber, en tolerable redondeo, por qué orden de magnitud anda realmente el elenco de estudiosos que han dejado alguna contribución perenne. Y aunque podríamos comparar las cifras a que montan las nóminas respectivas de los sabios famosos por cada especialidad, la callada labor, de indudable trascendencia, de muchos investigadores anónimos, forzosamente preterida, vendría a desvalorizar todos nuestros cómputos.

Podríamos aún, rompiendo por el camino de la audacia, imaginar, con Price, que, dada la proporción de los científicos que viven actualmente respecto al número total con que ha contado la humanidad, ***nos cabe lícitamente referir todas nuestras correlaciones a las últimas épocas, sin miedo a incurrir en errores de estimación abultados.*** Pues si Price está en lo cierto, y los científicos que viven hoy en día son el 90% de cuantos ha conocido la Historia humana, con pocos siglos que retrocedamos en el tiempo, conferiremos a nuestros pronósticos una seguridad envidiable⁽¹³⁾. Atrevámonos, entonces, a efectuar un recuento comparativo.

Como hay, al presente, datos estadísticos para todo, podríamos aspirar, sin que se nos tilde de pretenciosos, a levantar un censo completo de los hombres de Ciencia que laboran en los diversos países del planeta. El número -grande, sin duda- mostrara, probablemente, tendencia a crecer. Ahora bien, ¿qué les parece a Vds.: predominan los matemáticos, los astrónomos, los físicos, los químicos... o los economistas, los sociólogos, los juristas y los investigadores políticos? Tienen margen para hacer sus apuestas, porque no voy a dar una inmediata contestación: Debo, antes, procurarme los datos. Pero sean condescendientes conmigo y no vean con malos ojos que trate de explorar hasta el límite mis propias hipótesis.

¹³ De Price: *Measuring the size of Science*, en *Proc. Israel Acad. Se. Human.*, IV, 1969, 6, 98 ss. (Debo la cita a Sachs: *Estadística Aplicada* (Wagner) Barcelona, 1978.

Permítanme suponer que el resultado de nuestras comparaciones hubiera sido diferente al que nuestros postulados nos mueven a esperar: Que lejos de ser menor el número de cultivadores de las Ciencias sociales, exceda, en realidad, al de quienes se han especializado en las otras. ¿Qué conclusiones procedería deducir? Salta a la vista que nuestra posición habría recibido un considerable refuerzo. Y, una de dos, o reconocemos a-priori a los “naturalistas” una superioridad abrumadora sobre nosotros, o tendremos que reprochar graves deficiencias a nuestros métodos de trabajo. ¿Con qué alternativa se quedan? Sin prejuzgar nada, por el momento, enfrentémonos con algunos hechos documentados.

Según datos del Anuario Estadístico de 1976, durante el Curso de 1973-74 se graduaron en las Universidades españolas 16.771 alumnos. De ellos, corresponden a la Facultad de Ciencias 2.897; y a Derecho, Ciencias económicas y empresariales, políticas y Sociología 4.109. Como no entran en cuenta, en las cifras anteriores, los egresados de las Escuelas Técnicas del mismo nivel, los totales del primer grupo deben bonificarse. Usando de cierta discrecionalidad (ya que no todas las Escuelas Técnicas proporcionan una formación “científica”), cabría añadir, con largueza, otro millar de alumnos al número de los graduados en Ciencias, con lo que todavía estaríamos ante una cifra inferior a la de titulados en las ramas de lo social.

Carezco de informaciones comparables para la mayoría de los países del área occidental, si bien las que poseo no inducen a pensar en una situación muy diferente. Veamos algunos ejemplos.

En la República Federal Alemana el promedio de alumnos que estudiaban Derecho y Ciencias sociales durante los cursos 1950-51, 1955-56, 1960-61, 1962-63 y 1964-65 era de 46.348. Cursaban Matemáticas y Ciencias Naturales por las mismas fechas 30.775 alumnos (media aritmética también). El porcentaje medio respecto al total de estudiantes se acercaba, en el primer caso, al 25° (24,28%), mientras que, en el segundo, apenas pasaba del 18 (18,34). Y en ambas ocasiones con desviaciones típicas muy pequeñas.

Respecto a otros países europeos de que tengo noticias, no hay variaciones importantes. En Irlanda, pongamos por caso, para el curso 1964-65 preponderan ligeramente los estudiantes inscritos en Ciencias naturales (1832) sobre los que concurren a las aulas de Derecho, Ciencias sociales y Comercio (1567). En Noruega (1965) la diferencia es un poco mayor, igualmente favoreciendo a las Ciencias de la naturaleza. En Holanda (estableciendo el promedio entre 1955-66), sin incluir las Facultades tecnológicas, la ventaja de las Ciencias sociales sería sensible. Computando, además, los inscritos en aquéllas, cambiarían las tornas bastante (una cuarta parte más!). Con un razonamiento parecido al que hicimos en el caso español cabría amortiguar un tanto la diferencia, pero no creo que desapareciera del todo. El caso es similar en Suecia y en Suiza: Pequeña ventaja en el haber de las Ciencias naturales (¹⁴).

Tal vez si cribásemos adecuadamente los datos disponibles, revestirían nuestras conclusiones una mayor homogeneidad. En cualquier caso, urge precaverse contra una ingenua utilización de los números: las transposiciones de país a país siempre son peligrosas. En Alemania —por poner un ejemplo— las Facultades de Filosofía (con los más altos porcentajes de inscritos) no son ajenas ni a la Ciencia pura ni a la Ciencia social: sólo a-posteriori cabría fijar la dedicación vocacional de los egresados.

En resumidas cuentas, aún sin base suficiente para dejar sentado un criterio, parece lícito

¹⁴ He tenido presente para extractar estos datos ciertas publicaciones del Consejo de Europa, como *Reforme et Développement de V Enseignement Supérieur en Europe, 1967. L'Enseignement de la Physique au niveau universitaire, 1967. Y L'enseignement des Sciences Economiques au niveau universitaire, 1969.*

concluir que nuestro retraso comparativo no se debe a factores simplemente numéricos. ¿Será, entonces, el efecto de una capacidad media mucho mayor?

No quiero ser yo quien conteste. Reservo el fallo sobre el tema a quien quiera servir de juez. A mí, me aclarará las cosas indirectamente el ulterior escudriñamiento de otras suposiciones.

IV) “Las implicaciones afectivas de cualquier conocimiento social perturban y parcializan al investigador, cuya neutralidad, comprometida en cada paso, es cada vez menos probable que se mantenga”.

Mientras las Ciencias de la naturaleza, con resonancias emotivas mucho más débiles, toleran mejor la observación desapasionada y la descripción impersonal, las Ciencias sociales, con el hombre como inevitable protagonista y receptor interesado de sus efectos, parecen generar resistencias crecientes al intento sistemático de promover su objetivación.

Las creencias y convicciones humanas están en buena parte (y sería de suma importancia determinar en qué proporciones y medidas!) influenciadas por elementales impulsos instintivos. Cargas afectivas recónditas, hábitos enraizados e, incluso, subconscientes, intereses particulares o de grupo, prejuicios ideológicos, filias y fobias, celos y temores, incentivos y disuasivos sociales, tópicos y rutinas, sugerencias y propaganda franca o capciosa tuercen nuestros designios y obstaculizan la observación neutral. “Pago un plus a las palabras que uso para que signifiquen precisamente lo que yo quiero” —decía, no sin encapricharse, *Alicia, en el País de las Maravillas*. Los investigadores sociales, a su vez, tienden a deslindar e interpretar los hechos según el sesgo que rima mejor con sus reacciones temperamentales. El conocimiento verdaderamente impersonalizado, el ver las cosas como realmente son y como realmente suceden, resulta casi rayano en lo imposible. No se hace, así, extraño que ciertas corrientes filosóficas propugnen, incluso, no la superación de esta-espinosísima dificultad, sino su propia consagración sistemática. Tal ocurre, por ejemplo, con el marxismo, el cual, de dos modos, asume un compromiso doctrinario pre-gnoseológico. Primero, al presentarse como un “humanismo de transformación o transubstanciación” ⁽¹⁵⁾ o, si se prefiere, como “un mensaje de salvación en coordenadas materialistas” ⁽¹⁶⁾; segundo, al suponer el pensamiento humano mediatizado inevitablemente por los intereses económicos que lo determinan desde su origen ⁽¹⁷⁾.

Con semejantes “métodos” de indagación y así contaminado el “conocimiento” por “ideologías”, ¿sería lícito confiar en que se obtengan avances cuantiosos en las Ciencias sociales? Mientras nuestros procesos mentales transcurran dominados por algún *prejuicio*, ¿puede haber el juicio sereno y desapasionado capaz de describir los fenómenos en examen con abnegada fidelidad a su propia consistencia empírica?

Tal grado de objetividad no es hacedero al hombre en ningún plano, pues siente por naturaleza

¹⁵ Cfr. García Bacca: *Curso sistemático de Filosofía Actual*, Caracas, 1968, 21 ss. También, del mismo, la *Historia de la Filosofía, II*, en el amplísimo estudio dedicado a Marx, una de las más perspicaces interpretaciones de la obra marxista.

¹⁶ Vid. la colección de estudios, por varios autores, que lleva por título: *Introducción al pensamiento marxista*, Madrid, 1961, con aportaciones, entre otras, de Carlos París, Guerra Campos y quien esto escribe.

¹⁷ Sobre el condicionamiento económico de la superestructura ideológica, vid. por todos, Otero Díaz: *La influencia de la Economía en el Derecho*, Madrid, 1966.

una incurable propensión a convertirse en “la medida de todas las cosas”, según el atinado testimonio de Protágoras. Y no debe creerse que las inclinaciones antropocentristas se proyecten sólo sobre aquellas parcelas del saber que nos conciernen como actores sino también alcanzan a nuestra visión del cosmos. ¿O es que vamos a echar en olvido los inveterados prejuicios de la Tierra plana, de la Tierra centro del Universo, de la Tierra inmóvil, etc? Fue necesaria toda la avidez de saber y el genio colosal de Hiparco y de algunos de sus mal conocidos predecesores para que la Astronomía pudiera organizarse como una Ciencia exacta.

El propósito inicial del investigador niceno —su gran lección epistemológica, ya heredada probablemente— estribaba en “guardar escrupuloso respeto a los estrictos datos de observación” y “atenerse únicamente a lo comprobado”⁽¹⁸⁾.

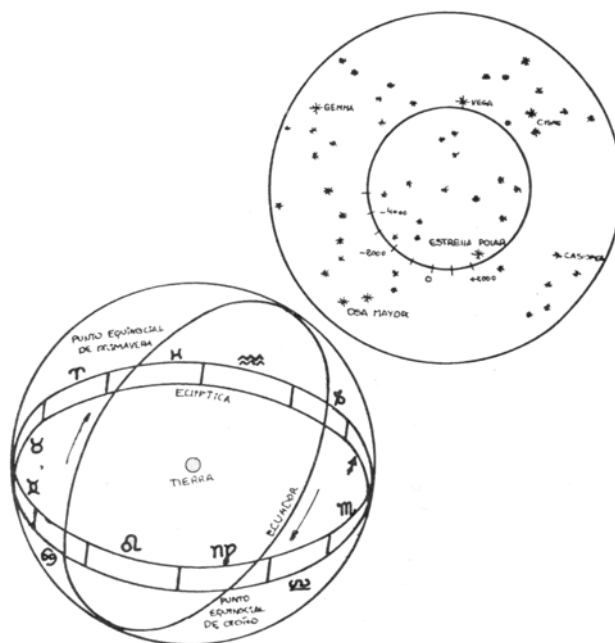
Gracias a esta objetividad y a su sistemático rechazo de cualquier apriorismo, Hiparco pudo efectuar uno de sus más asombrosos descubrimientos: la *precesión de los equinoccios*⁽¹⁹⁾. La historia merece ser contada como antídoto frente a ciertas modas actuales que conducen a la “politización” de la Ciencia y a su subordinación a cualquier clase de “oficialismo” ideológico.

Para comprender toda la grandiosidad del descubrimiento de Hiparco son necesarias algunas aclaraciones.

Todos, desde la escuela, hemos sido informados de que nuestro Planeta tiene dos movimientos principales en el espacio: la *rotación*, responsable de que se sucedan los días y las noches, y la *traslación*, que da lugar a los años. Estos dos movimientos que nadie ignora, aunque pocos comprenden bien hoy en sus *manifestaciones observables*, no son los únicos que experimenta la Tierra, ni mucho menos. Hay, además de otros, el muy importante de la *precesión equinoccial*, cuya explicación es la siguiente: el eje ideal sobre el cual parece girar el globo terrestre no es perpendicular al plano de su órbita en torno al Sol, sino que dista angularmente de la vertical 23,5°. Tampoco se mantiene fijo apuntando siempre hacia un lugar del cielo próximo a la llamada —por eso— Estrella Polar, sino que tiene un lento balanceo, que se completa en un período de casi 26.000 años. Dicho de otro modo: el plano de la eclíptica o, lo que es lo mismo, de la órbita terrestre, se mueve todo él con perezosa lentitud. Por ello, los dos puntos en que la eclíptica y el ecuador celeste se intersecan (los puntos equinocciales de primavera y otoño en que el día y la noche se igualan en duración —salvo por aparentes pequeñas diferencias, imputables a la refracción atmosférica—) no permanecen en una posición estable, sino que *sufren un cambio sistemático, regular*. (Vid. gráfico adjunto).

¹⁸ Es la conclusión que cabe inferir de los testimonios que rinde Ptolomeo sobre Hiparco en su *Almagesto*.

¹⁹ Hiparco tiene en su haber otros merecimientos no menores. Por ejemplo, a él se debe la *Trigonometría*, el primer *Catálogo de estrellas*, importantes investigaciones geográficas, invenciones como la *dioptra*, etc. Fue la suya una vida de las más fecundas para la *Historia de la Ciencia*.



Por supuesto, Hiparco ni descubrió ni pudo concebir así la precesión. El se hallaba midiendo la longitud celeste de algunas estrellas (tal vez para la confección de su Catálogo ⁽²⁰⁾) -se cita, en particular, Spica- y al comparar, para contrastarlas, sus propias observaciones con las de astrónomos más antiguos ⁽²¹⁾, se tropezó con una divergencia excesiva, por lo inusitada. Un hombre menos cauto o más orgulloso, un temperamento “político”, más dado a **transformar** el mundo que a **conocerlo**, hubiera optado por imaginar que alguno de sus predecesores había incurrido en un lamentable error, o se había contentado con una aproximación grosera; y en zaga los demás habrían transcrito la misma coordenada sin comprobarla personalmente, confiados en la autoridad del primero. No era esa la actitud del sabio de Nicea: ¿Por puras preferencias subjetivas iba a otorgar más crédito a sus propias observaciones que a las de los astrónomos precedentes, también, por lo que sabía, concienzudos? Dejando en suspenso su juicio, quiso ahondar más en la cuestión. Midió nuevas longitudes estelares y siguió estableciendo comparaciones. Su humildad y su paciencia recibieron el premio: todas las estrellas estudiadas mostraban similares variaciones en longitud: se corrían aparentemente hacia el Este (las longitudes eclípticas se computan en esta dirección, a partir del punto equinoccial, llamado también Vernal o de **Aries**, porque en Aries estaba en la época de Hiparco —hoy en Piscis, precisamente por la **precesión**-); pero el genial niceno, aún sin atisbar la causa, comprendió que era muchísimo más probable como explicación del fenómeno el desplazamiento del equinoccio que no el de todas las estrellas.

El valor calculado por Hiparco para la constante de **precesión** era muy próximo al actual ;, más

²⁰ *La idea de formar el primer Catálogo de estrellas, por poco audaz que pueda parecer hoy, fue en su época de una genialidad tan atrevida como simple. ¡Llegó a parecer impía a los hombres del entonces! Aunque las estrellas visibles a simple vista son sólo unos pocos millares, dan la impresión de infinitud y parecen repeler el propósito de hacer su recuento. Hiparco registró cosa de un millar; pero con evaluación de sus coordenadas. Un trabajo titánico de perseverante observación por muchos años.*

²¹ *Especialmente: Kidinnu, Timocharis.*

exacto que el inferido posteriormente por Ptolomeo: Frisaba en los 46'' anuales. (En nuestros días se cifra en 50,3, en números redondos. Por tanto, para completar los 360° se necesitan unos 25.765 años) ⁽²²⁾.

V) “La hipótesis sobreentendida de un saber vulgar autosuficiente”. Es un hecho de observación elemental cotidiana que las Ciencias exactas inspiran a la gente admiración, respeto y humildad. Su solidez y dificultades, el esfuerzo que requiere aprenderlas, actúan como exorcismos antirretóricos y hacen enmudecer a cuantos no las han estudiado. El que no las conoce tiene que callarse, ya que, quien ose quebrantar tan prudente regla, queda descalificado y en ridículo a las pocas palabras que pronuncie. El sentido común no legitima a nadie para opinar sobre temas científicos, por la sencilla razón de que las Ciencias naturales lo han rebasado hace largo tiempo. **La Ciencia se hace, justo, necesaria cuando el sentido común y el saber vulgar han acreditado su impotencia frente a un tipo específico de problemas.** El hombre es perezoso y no se complicaría la vida dedicando esfuerzos gigantescos a triviales asuntos que cualquiera pudiese solventar por sí mismo, si la evidencia de los propios errores no le obligara a tomar medidas cautelares y a contrastar socialmente sus experiencias.

En las Ciencias de la naturaleza sabemos con relativa seguridad cómo y cuándo sucedió esto. La ocasión surgió en el Liceo aristotélico, quizás bajo el estímulo del mismo estagirita, cuando, entre las esperanzas y las decepciones despertadas por su filosofía, algunos de sus discípulos entrevieron la necesidad de **especializar la investigación, de ceñirse a un tema reducido, y descubrieron la monografía científica.** Tal vez la magnitud de la propia síntesis aristotélica cuyo completo dominio requería ya dotes excepcionales, haya conducido inadvertidamente a este resultado. En Teofrasto, Eudemo y Dicearco pueden descubrirse algunos signos precursores del cambio de actitud. En Estratón —y, sobre todo, en sus discípulos alejandrinos— estalla con franqueza. En cualquier caso se produce entonces uno de los más geniales inventos de la Historia humana: el **método científico.** Ahora bien, ¿qué es el método sino una supervisión fiscalizadora del saber vulgar y del sentido común para encarar cautelosamente los hechos concretos sin asunciones contradictorias? ⁽²³⁾.

He ahí, pues, por fin, el factor común capaz de explicar el retraso de las Ciencias sociales. Estas adolecen de muy graves deficiencias metódicas, porque están infestadas de subjetivismo y sus cultivadores continúan creyendo (¡aún hoy!) que con sólo el sentido común y el instinto ametódico pueden resolverse sus más intrincados problemas.

Las últimas reflexiones nos permiten comprender **qué se propone y adonde puede conducirnos** la Epistemología de las Ciencias sociales y jurídicas. Quiere, en primer lugar, someter a una especie de encarnamiento generalizado a todas las suposiciones y creencias que cada particular disciplina presenta como “sus” logros actuales: ¿De dónde provienen, una por una, las diversas proposiciones que integran ésta o aquella Ciencia social? ¿Qué **fundamento predicativo** legitima sus enunciados? ¿Dónde constan sus pruebas? ¿Son coherentes entre sí los principios establecidos y compatibles con otros más probables?

Cabe conjeturar, así, sin esforzarse demasiado, a qué apunta nuestra flamante Epistemología: **A**

²² Se advierten diferencias en la cifra de unos autores a otros. No hay que extrañarlas. Dependen del valor asignado a la **constante de precesión**, que, al igual que cualquier otro número resultante de medidas, tiene su propio halo de incertidumbre.

²³ Sobre Estratón, vid. Farrington: **Ciencia Griega** (Rodríguez), Buenos Aires, 1957, 175 ss. Sarton: **A History of Science**, II, 1959, 32 ss.

verificar metódicamente, según reglas operativas que identificaremos después, en qué medida los asertos canonizados en la Ciencia social pueden valer como descripciones invariantes de los fenómenos observables con mínima incertidumbre y máxima capacidad de abstracción.

Tendremos que decir muchas cosas en adelante sobre cada uno de estos incitantes conceptos; pero ahora el tema capital es muy otro: ¿Qué servicio podrá prestar a los hombres nuestra recién creada disciplina? Veámoslo desde la perspectiva del Derecho.

Atrevámonos a imaginar que, merced a una consecuente aplicación del método científico, comunicamos a la Ciencia jurídica, en particular, y a las Ciencias sociales, en general, un vigoroso impulso, que las sitúa, por ejemplo, (para no pecar de un optimismo temerario) a un nivel similar al que tenía la Física en las postrimerías del pasado siglo. La Física era entonces —evoquémosla— una construcción teórica de bien trabadas apariencias, que se asentaba sobre la mecánica de Galileo-Newton y las ecuaciones electromagnéticas de Maxwell. Sólidas bases matemáticas daban la impresión de plena lucidez y coherencia. Nadie se había percatado aún de la latente oposición entre ambas concepciones. La crisis empero sobrevino a consecuencia del resultado, inesperadamente negativo, del famoso experimento de Michelson, tendente a la detección del movimiento absoluto de la Tierra respecto al éter (el presunto “viento de éter”, sospechado por algunos teóricos), y fue conjurada por Einstein, al reexaminar, con perspicaz visión epistemológica, los principios implícitos a que rendía culto sin saberlo la doctrina tradicional (24). Los efectos del nuevo incremento de rigor fueron muchos y revolucionarios, aunque impusieron ¡ un proceso de matematización más avanzado y más abstruso, poco menos ya que cabalístico.

¿Cuál es, pues, el riesgo del profano que, probando fortuna, se aventura a leer un Tratado de Física moderna? ¡Sentirse extraviado en un laberinto criptográfico! Por tanto, o se prepara instrumentalmente, hasta pertrecharse con la formación matemática imprescindible para captar la plena intencionalidad de las fórmulas, o habrá de resignarse a la humillación de verse rechazado por una barrera semántica que le parecerá infranqueable. ¿Cómo, así, pronunciarse, en lego, sobre temas de Física? ¡Aun a finales del pasado siglo, nadie que ignorase la Ciencia podría creerse competente para opinar, ni siquiera disfrazando con vestimentas retóricas la propia ignorancia!

¿Quién, en cambio, se considera indocumentado actualmente para emitir dictámenes *ex cathedra* sobre cualquier complicado problema sociológico, político o jurídico, incluso?

Asómense conmigo a un Parlamento típico en cualquiera de nuestros pretenciosos Estados democráticos occidentales. En un mismo día oímos discutir y votar sendos proyectos de ley sobre sedicentes medidas de reactivación económica, sobre incrementos de precios para determinados artículos, sobre ciertas desgravaciones tributarias, sobre la creación de dos nuevos impuestos y sobre la reforma de algunos artículos del Código Penal. Sería ocioso decir que un elevado porcentaje de diputados tiene tanta información sobre cada uno de estos asuntos como sobre literatura sumeria; pero emitirán su voto con la misma tranquila seguridad con que lo harían en torno a sus colores predilectos. ¿Y por qué no, si el nivel de las Ciencias sociales apenas ha sobrepasado el sentido común o el saber vulgar? ¿Acaso no se votó en ocasiones en la Universidad salmantina si debería enseñarse según el sistema de Ptolomero o el de Copérnico? ¿No decretaron Robespierre y la Convención francesa la existencia de Dios y la

²⁴ *Las memoria de Einstein y otros autores que dieron lugar a la teoría de la relatividad pueden verse en García Bacca, Filosofía de las Ciencias, México, 1941, esp. 73 y ss.*

inmortalidad del alma? Donde un credo voluntarista domine, ¿cómo no habrán de ser todos los pareceres iguales?

La democracia del presente acoge, no obstante, en este punto, dos teorías que chocan entre sí. Por una parte, profesa y practica en los debates parlamentarios el alógos infrahumano de que para el acierto en la elección de medidas políticas está de más la distinción entre “competencia”, “por razón de Ciencia” e “incompetencia” “por razón de ignorancia”. La mayoría, aún cuando pueda demostrarse que yerra, tiene siempre derecho a prevalecer sobre la minoría, pues, no haciéndose aquí acepción de personas, sólo es calidad la cantidad.

Que la democracia no se mantiene siempre en consonancia con los anteriores criterios, resulta facilísimo de demostrar. En efecto: si damos por válida la premisa de que no deben existir preferencias fundadas en motivos de competencia superior, el principio de igualdad ante la ley no podría tolerar ninguna clase de condicionamientos a la hora de seleccionar los cargos políticos. Porque si $A = B = C = N$, tiene que ser indiferente cuál de esos sujetos, iguales y perfectamente fungibles entre sí, llegue a desempeñar la magistratura vacante. En cuyo caso, el único modo de no hacer acepción de personas habría de consistir en el clásico expediente griego de confiar la selección a un sorteo ⁽²⁵⁾. ¿Que el sistema repugna? Entonces, una de dos: o se rechaza la presunta igualdad y se afirma la diferenciación por razones de competencia, o se hace tabla rasa de la Lógica y se acepta mansamente el pensamiento mágico.

Claro que yo no creo que nuestra vida se mueva en esta dirección: ¡No hay retrogradación sistemática para el equinoccio del pensamiento humano! Las Ciencias maduran, porque la misma fuerza monitiva de los errores abochornantes imponen su lección de cautela y constriñen a someter cada proposición a los filtros del método científico y al conjunto de todas ellas a la prueba de compatibilidad que representa la Lógica-matemática... Esto quiere decir que las Ciencias sociales dentro de algunos años -y ciertamente no muchos— se expresarán también, al igual que las restantes Ciencias, en ese lenguaje esotérico, propio de la Matemática. Un lenguaje que los no iniciados no sabrán hablar; un lenguaje que desigualará definitivamente “Ciencia” e “ignorancia” y que traerá, por fin, de verdad, “la derrota de los pedantes”.

Volvamos ahora los ojos al Parlamento del futuro.

Ya no podremos escuchar huera polémicas retóricas sobre graves asuntos desconocidos que se resolverán al buen tuntún por gentes imperitas, sin necesidad de otro estudio que la ordalía de su inspiración carismática. Ahora se pesa, se mide, se experimenta, se calcula, se hacen pronósticos y se contrastan resultados. Hablan expertos a expertos, cuentan sólo las pruebas y nadie cultiva el sinsentido de solventar por votos verdades o probabilidades.

He ahí el resultado final que podrá derivar de la Epistemología: la intensificación y aceleración del ritmo evolutivo de las Ciencias sociales hasta que merezcan de veras ese nombre ***por haberse sometido íntegramente a las exigencias del método científico.***

No juzguen mínimo el designio. Penetren más allá de las apariencias superficiales. Reflexionen, por ejemplo, en los efectos revolucionarios que los nuevos métodos van a reportar sobre la Política.

²⁵ *El sistema de elección por sorteo en la democracia ateniense fue, al parecer, muy tempranamente empleado. Según Aristóteles, se remonta a la reforma de Dracon: La Constitución de Atenas, IV, 3. Fue luego perfilándose en las posteriores reformas hasta llegar a su apogeo con Efiltes y Péneles. Sobre algunos efectos de las innovaciones de éste último vid. Aristóteles, op. cit. XXVI.*

¿Qué es, hoy por hoy, la Política -así, con mayúscula—? Apenas se sabe. Para los más, “**aplicación del poder para introducir cambios sociales predeterminados**”. Mas si ello es así, si no hay nada en la Política tras el poder, ¿cómo excluir la tentación de que alguien “pruebe” **en la práctica** “si puede”?

Cambiamos de tercio. Volvamos a la Ciencia desinteresada que sólo aspira a conocer el mundo y que no se preocupa para nada de transformarlo. Sus conclusiones, por provisionales que sean, están ahí, en un cuerpo denso de doctrina y en su peculiar, hermético lenguaje. El científico puro no busca nada más. Simplemente sigue la pista a nuevas verdades. Mas no todos son científicos puros. Ni sería bien que lo fueran. Otros hombres tienen otras miras. Los **técnicos**, pongamos por caso, se dejan ganar, contrariamente, por motivaciones interesadas. Estudian la Ciencia y se preguntan **hasta qué punto podrán aprovecharla para mejorar la posición del hombre en el Cosmos**. Por eso, de cada Ciencia brota su complementaria tecnología. Hay una Ciencia física y una Tecnología física, una Ciencia química y una Tecnología química, etc. ¿Dónde están empero las Tecnologías que deberían desprenderse de las Ciencias sociales? ¿La Tecnología económica? ¿La Tecnología sociológica? ¿La Tecnología jurídica? ¿No existen quizás por el tremendo retraso de las Ciencias nutricias? No, por cierto: las conocemos simplemente exhibiendo otra denominación. En lugar de Tecnologías, las llamamos Políticas. ¿O no conocemos, en efecto, una Política económica, una Política social, una Política del Derecho? ¿Faltará sólo la Política pro-Política? ¡De ninguna manera! Por la palmaria razón de que la Política no es otra cosa que **integración universal de Tecnologías y Políticas para producir, con el mínimo coeficiente de disipación, máximos relativos de bienestar humano**.

¿Cómo medir estas últimas magnitudes de tan críptico aspecto? Esa es la enseñanza que deberá proporcionar nuestra Epistemología. Y el trabajo que juntos nos compete realizar, si Vds. me secundan. La meta también se puede vislumbrar: si la semillita que sembramos hoy en Compostela madura y fructifica igualmente en otros países, no tardará el día en que la política improvisada que actualmente hemos de soportar, bien con estoicismo o bien con cólera contenida, ceda el paso a una Tecnología generalizada, tan impersonal y aséptica como sus filiales.

¿Otro avatar de la Tecnocracia?

Pudiera ser que en su fuero interno los más de Vds. piensen así. Yo no quiero, por ahora, pronunciarme: me remito a las lecciones que van a seguir. Pero, en cualquier caso, una cosa resultará evidente: que a cada avance de la Ciencia social, una fracción del rico patrimonio actual de la política carismática se convertirá inexorablemente en una rutina administrativa, a ejecutar por expertos. Dándole tiempo al tiempo, y al amparo del viejo refrán gallego: “Donde se quita e non se pon...” ¿no nos será lícito augurar un promisorio cientificismo político?